

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



Lección 328

Elijo estar en segundo lugar para obtener el primero.

Comentario de Sarah:

En esta Lección, se nos pide que veamos que el ego siempre quiere ser el primero en todo. Esto incluye su deseo de estar por encima de Dios. Exige autonomía manteniendo la separación de Dios. Recuerdo que cuando mis nietos eran pequeños, a menudo la razón de sus lágrimas era que uno no conseguía sentarse en el asiento delantero, que alguien conseguía un trozo de pastel más grande, o que sentían que quedaban en segundo lugar de una manera u otra. El ego es competitivo y quiere el primer lugar en todo, todo el tiempo.

Hace un tiempo escuchaba una conferencia sobre el budismo. Uno de los preceptos de la enseñanza era que uno debe dar un paso atrás en cualquier actividad y dejar que un hermano vaya primero. Estábamos en una celebración del cumpleaños de Buda y, dada esta orientación, todos esperaban, sin querer ser los primeros en conseguir un trozo de pastel de cumpleaños. Todo el mundo quería dejar que el hermano fuera el primero y no ser visto como una violación de este mandato. La enseñanza del Curso no trata del comportamiento, sino de lo que se alberga en la mente. Se trata de reconocer que poner a un hermano primero es ganar en lugar de perder. Su ganancia es nuestra ganancia. Vamos juntos. **“Tan sólo deseo enseñarte lo que ya es tuyo, para que juntos podamos reemplazar la miserable pequeñez que mantiene al anfitrión de Dios cautivo de la culpabilidad y la debilidad, por la gozosa conciencia de la gloria que mora en él.”** (T.15.III.9.4) (ACIM OE T.15.IV.31)

En el mundo, el segundo lugar parece ser una posición perdedora. ¿Qué pasa conmigo, nos preguntamos? Si no me cuido, saldré perdiendo. Este es el principio de "uno o el otro". Si yo gano, alguien tiene que perder. Jesús dice que nos engañamos si creemos que ganar a costa de un hermano es una ganancia. Él enseña que Dios es la Causa y nosotros somos el efecto, pero esto no es un segundo lugar para Dios porque sólo hay Unidad. Por lo tanto, no hay segundo lugar. En ese sentido, el segundo lugar es el primero. Tomar el segundo lugar es reconocer que Dios está en primer lugar, y no podemos estar separados del único lugar que hay. Entonces, cuando elegimos con el Espíritu Santo, ganamos el primer lugar, que es lo único que hay.

Nuestra decisión en favor de la autonomía e independencia nos ha puesto a competir con Dios. Creemos que hemos ganado nuestra autonomía de Dios porque mantenemos la creencia de que tenemos una voluntad separada. Cuando nos identificamos con la voluntad separada, parece que hemos tomado el trono de Dios y Lo hemos echado. Ahora no hay Dios en nuestra experiencia. Tuvo que ser destruido para ponernos a nosotros en la posición número uno. Esto es lo que experimentamos en el sueño. Como sentimos que ganamos a expensas de Dios, ahora tratamos de ganar a expensas de todos. Ahora estamos en competencia con todo el mundo y con ello viene el

control, la manipulación y varias estrategias para ganar poder. Es un mundo en el que tratamos de conseguir lo que podemos para llenar nuestra sensación de carencia que viene con la elección en favor del ego y una voluntad ajena. Es un lugar de separación, necesidad y carencia, que se refleja en nuestras relaciones especiales, ya sea de amor especial o de odio especial. Ahora tratamos de ganar a través del regateo, la competencia y la lucha entre nosotros. Nuestra agenda siempre consiste en tener nuestras necesidades satisfechas como prioridad en nuestras vidas.

Creemos que nos gusta nuestra posición independiente. Creemos que nos gusta tomar nuestras propias decisiones. Sin embargo, no existe la posibilidad de tomar decisiones solos, ya que las tomamos con el ego o con el Espíritu Santo. Someterse a la guía del Espíritu Santo es un reto cuando creemos que perderemos algo si nos rendimos a Él. La forma en que esto se manifiesta en nuestra experiencia es cuando desafiamos a quienes tienen autoridad y tratamos de ganar mediante luchas de poder y estrategias de manipulación. Es un reflejo de nuestra lucha original con Dios. No se gana nada, excepto la separación y la sensación de impotencia.

Jesús dice que hay un tremendo costo en **“enfermedades, sufrimientos, pérdidas y muerte.”** (L.328.1.3), pero hasta que no veamos que éste es el coste cuando elegimos el ego, seguiremos luchando por salirnos con la nuestra. Sí, hemos ganado nuestro reino, pero Jesús dice que es un reino lamentable con nada más que sufrimiento, limitación, impotencia, pérdida, enfermedad y, en última instancia, muerte. **“El diablo engaña con mentiras, y erige reinos en los que todo está en directa oposición a Dios.”** (T.3.VII.2.6) (ACIM OE T.3.IX.73) Cuando nuestro sufrimiento se vuelve demasiado intenso, pedimos ayuda y estamos dispuestos a ver que debe haber un camino mejor. Cuando aceptamos que Dios es la Causa y nosotros somos el efecto, entonces reclamamos el primer lugar, que es reclamar nuestro Ser Crístico. En la Unidad, sólo hay amor.

Cuando elegimos el segundo lugar, elegimos hacernos dependientes de Dios, y unirnos a la Voluntad de Dios. **“Unirnos a Su Voluntad es encontrar la nuestra.”** (L.328.1.5) Esto nos coloca en una posición en la que ya no estamos en competencia con Su Voluntad y reconocemos que ganamos libertad y felicidad cuando abandonamos la lucha con Dios. Ahora estamos dispuestos a ser enseñados. No hay voluntad separada de Dios. El yo personal que creemos ser es sólo un personaje del sueño. De hecho, Jesús dice: **“Esto no es lo que nuestro Padre dispone para nosotros, y no existe otra voluntad que la Suya.”** (L.328.1.4) Es sólo la ilusión de una voluntad separada. Lo mítico es sólo una proyección de la mente. La mente está fuera del cuerpo. Este yo separado no existe.

“Tu Voluntad es que yo me encuentre completamente a salvo y eternamente en paz.” (L.328.2.3) Es un proceso en el que nos dirigimos más a menudo al Guía interior. Requiere que liberemos la mente del "yo sé" y reconozcamos que no podemos juzgar nada por nosotros mismos. La mente que cree saber lo que necesita y quiere y cómo conseguirlo no se rendirá porque rendirse parece una pérdida. Se siente como si estuviéramos renunciando a lo que valoramos, como nuestra autosuficiencia, nuestro orgullo y nuestra independencia. Sin embargo, Jesús nos asegura que lo único a lo que renunciamos es al miedo. Lo único que "sacrificamos" es la ilusión, que no ha traído más que sufrimiento.

Todo lo que intento hacer a mi manera, o cada vez que creo que sé lo que me conviene, siempre trae más miedo. Como dice Jesús, realmente creemos que **“la manera de salvarnos es aislándonos del resto de la creación de Dios.”** (L.328.1.2) Elegimos tener razón en lugar de ser felices. Creemos que sabemos más que El, lo que nos hará felices. Sin embargo, una vez más nos recuerda que

la única manera de experimentar la felicidad es cuando llegamos a reconocer que sólo hay una Voluntad. **“Unirnos a Su Voluntad es encontrar la nuestra.”** (L.328.1.5)

Cuando nos enfrentamos a cuestiones y problemas en nuestra vida, es importante seguir preguntando: "Dios, ¿cuál es tu Voluntad para mí en esta situación?" "¿Qué quieres que haga o diga?" "¿A dónde quieres que vaya?" Elegimos felizmente seguir. Nos comprometemos con nuestros hermanos y nos unimos a ellos, reconociendo nuestra misma naturaleza.

Un amigo me dijo hace poco que se quejaba y se lamentaba mucho de su vida y de su situación en el mundo. Creía que no había conseguido suficientemente las cosas que determinaba que eran para su salvación, tal como él las definía: una relación, más dinero, una casa propia y un trabajo que le gustaba. Sin embargo, en un momento de comprensión, vio que ninguna de estas cosas que creía querer podría traerle una profunda paz y alegría. Pensó que sabía lo que más le convenía, y por eso no se dirigió a una autoridad superior para preguntar qué le serviría mejor. Nos centramos tanto en definir cómo deberían ser las cosas para nuestra seguridad y felicidad que no vemos la perfección en la forma en que son.

Cada vez que queremos algo, sufrimos. Cuando queremos que las cosas sean diferentes de lo que son, estamos expresando nuestra sensación interna de carencia y pérdida. Reconocer lo que no importa, y que nada importa, es la clave de la felicidad. Cuando abrigamos resentimientos, exigimos que la vida sea diferente de lo que es. Incluso nos quejamos del tiempo cuando no hace suficiente calor, ni suficiente frío, ni suficiente humedad. Se trata de nuestra agenda de cómo deben ser las cosas para que seamos felices. No hay nada que deba suceder para que nos abramos a la Voluntad de Dios y Su Voluntad es sólo para nuestra felicidad. No hay ningún libro que deba ser escrito. No hay ningún edificio que deba ser construido. No hay ningún lugar que debamos visitar. No hay nadie en nuestras vidas que deba hacer algo por nosotros. No hay nada que deba ser diferente de lo que es, y no hay demandas o expectativas que debamos tener de nadie. Sólo hay que rendirse a la voluntad de Dios acudiendo a Él para que nos guíe. Mi experiencia es que cuando dejo ir mis necesidades y expectativas percibidas, sólo entonces experimento el milagro. De hecho, no importa lo que ocurra, ya que todo se convierte en un increíble regalo cuando nos desprendemos de nuestro propio camino.

Eventualmente, todos nos ponemos de rodillas de una forma u otra. Si esto no ocurre de forma dramática, entonces sucede en pequeñas dosis de una sensación de malestar cada vez mayor. "¿Para qué sirve todo esto?", nos preguntamos. No es sino hasta entonces cuando tenemos cierta voluntad de encontrar otro camino. La Biblia habla de esto cuando los discípulos lo dejan todo para seguir a Jesús. Jesús les dice que los primeros serán los últimos y los últimos, los primeros. En otras palabras, está diciendo que seguirle y unirse a él puede parecer el último lugar, pero en realidad, es ganar el primer lugar. "Que no se haga mi voluntad sino la Tuya" son palabras de humildad. Sin embargo, la ironía es que Su Voluntad es nuestra verdadera voluntad. Nuestra falsa voluntad, que quiere exaltarse por encima de la Voluntad de Dios, es una voluntad ajena.

Entramos en el reino como niños pequeños. Reconocemos que no sabemos. Aprendemos a preguntar en todo. Nos dedicamos a escuchar profundamente, confiando en que Él escucha y responde a todas nuestras oraciones, recordando que cuando pedimos cosas del ego, no estamos pidiendo nada. Al elegir el segundo lugar, que es elegir seguir la Voluntad de Dios, ganamos el primer lugar y nos unimos al poder de Su Voluntad, que es nuestra propia y verdadera voluntad.

“Una vez que hemos experimentado ese Poder, es imposible volver a confiar en nuestra insignificante fuerza propia. ¿Quién trataría de volar con las minúsculas alas de un gorrión, cuando se le ha dado el formidable poder de un águila? ¿Y quién pondría su fe en las miserables ofrendas del ego, cuando los dones de Dios se encuentran desplegados ante él? ¿Qué induce a los maestros de Dios a efectuar ese cambio?”
(Manual para el Maestro.4.I.2.1-4) (ACIM OE M.4.4)

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca